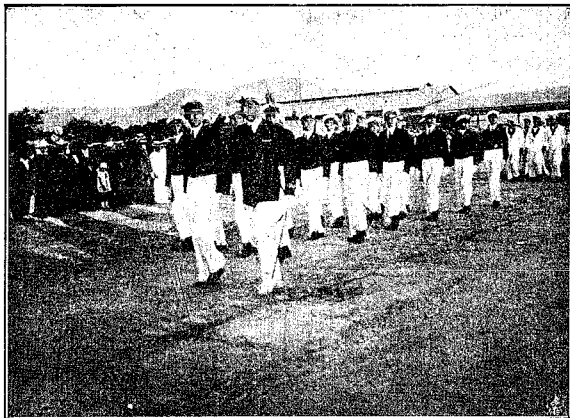


Los marinos italianos rinden homenaje a los héroes de Cuba y Cavite

El pueblo de Cartagena ha levantado un monumento a los héroes de Cuba y Cavite. El comandante de la fragata italiana "Americ Vespucci", deposita en él una corona y pronuncia un discurso.



Monumento a los héroes de Cuba y Cavite.



Los guardias marinos Italianos desfilando ante el monumento.

Después del homenaje, los guardias marinos italianos desfilan ante el monumento.

Fotos. San-Chilo

LOS CUENTISTAS

COSSIMA

Para Lolo Castro

Jorge Renault, sentía en su alma nómada el hastío de la ciudad; Barcelona le había acariciado bruscamente con el tesoro infinito de sus grandezas y más de una vez, habíase perdido entre la masa inmensa y aplastante de las Ramblas.

Recorrió incansable la calle «Conde del Asalto» y saboreó al pasar el néctar agrídulce de su alegría, para embriagarse de luz al llegar al paralelo; para esconderse en el corazón de lo desconocido y evocar continuamente las horas tristes de su pasado, mientras las carcajadas femeninas estallaban locas en la sala del music-hall.

Jorge Renault, era poeta; un poeta extraño. La prensa de España le había llamado repetidas veces «El cantor de la muerte». Y según él, la buscaba incansable por los caminos.

Sus pupilas encendidas conservaban aun, imborrable, la visión sunniosa de todas las capitales del mundo.

Un dominio de ramos en la mañana dorada, contempló desde lejos la Ciudad Condal que se elevaba gallarda, majestuosa, como un reto fantástico a la humanidad entera.

La sonrió repetidas veces y vio esfumarse la pincelada sombría a través de la distancia, entre la alfombra gris del sendero. Después caminó... como siempre, en brazos de la aventura.

Un borrrón rojo de casas, una sombra entre los árboles y una canción del riachuelo...

Mas tarde... cansancio y hambre.

Después de algunos días llegó a un pueblecito pintoresco de la provincia de Tarragona. Las mujeres y los chiquillos le salieron al encuentro para reír de su facha romántica.

Algunas jovencitas se enamoraron de él y escucharon sus versos en la noche callada bajo un claro de luna. Sus versos tristes, sus extraños versos en los que cantaba a su amada la muerte.

A la mañana siguiente continuó su viaje.

Ya en las afueras del pueblo percibió el vago rumor de un pandero, cuyo seco sonido hería de vez en cuando la melancolía de una canción.

Había un corrillo de gente en la carretera... En medio de él bailaba una húngara bella y hacía esfuerzos para reír. En sus ojos grandes y negros se adivinaba todo el dolor de aquella vida incierta; de aquella misera vida llena de hiel.

Jorge Renault vio en la mujer hermosa de rostro moreno y curtido por el fuego del sol, a su compañera de suerte.

Caminar, caminar. ¡Oh, la emoción inmensa del caminar dejando en la alfombra polvorienta giros de vida y de juventud!

¡Oh las noches sentimentales que acarician el camino poblándolo de sombras y de suspiros!...

¡Oh la blanca culebrilla manchada de polvo que se retuerce en la lejanía sonriendo al caminante!...

Cuanto misterio esconden estas noches primaverales a lo largo del sendero, amenizadas por el lúgubre concierto de todos los pajaros nocturnos.

¡Oh la soledad de tantos paisajes muertos, que desfilan precipitadamente como un film pintoresco de rara ideas, dejando en las pupilas su visión imborrable! ¡Cuanta emoción encierra el caminar!...

El poeta sombrío se unió a aquellos hombres de largas y enrespadas cabelleras; se unió a aquella mujer... se unió a los húngaros. Y en la tarde azul, el desventajado carro portador de las águilas rotas, emprendió su viaje para buscar otra mañana mejor.

Y a la vez que las ruedas hollaban torpemente la paz del sendero, Jorge decía sus versos tristes y hablaba de un ideal.

Llegaron a otro pueblo...

Cesó de rodar el carro y descendieron de él.

Cossima, triste y pálida, se hallaba enferma de ilusión.

Sonaba con lejanos países encantados y con ciudades de leyenda, donde un príncipe rubio la hablaba de amor.

¡Oh, el Palacio de cristal con altas y puntiguadas torres de marfil!

Suena el pandero...

La gente grita y arroja exigente unas monedas sobre la estirada piel...

La húngara quiere cantar; pero la música de sus lamentos queda ahogada con suspiros en el fondo de su corazón enlutado por la nostalgia...

Comienza la danza...

Hay un silencio absoluto en los espectadores...

El cuerpo fino y flexible de la mujer se mueve...

Elegante...

Seductor...

El baile es nuevo...

Tiembra y se agita la carne...

La emoción acaricia la escena y pone su beso frío en las almas.

EL poeta sueña y cambia su mirada con la sonrisa de las estrellas que parpadean inquietantes en la bóveda azul.

De pronto, un grito desgarrador, hierde el silencio.

Cossima da vueltas sin cesar y se desloma pesadamente sobre el empedrado.

Ha sido el golpe final...

Un ataque que lleva consigo los pétalos tísicos de aquella flor...

Los húngaros gimen ante la danzarina muerta y el público huye horrorizado mientras Jorge Renault, roba a sus ojos el pálido fulgor de una lágrima.

Allá lejos, muy lejos, va el carro... las águilas rotas contemplan llorando el lugar de la tragedia... y los labios dicen en silencio una oración.

MARIO ARNOLD

En el camino y Julio de 1923.